

individuos que como general en campaña obraba de por sí, y en este concepto reasumía en su persona la entera responsabilidad.

El poco satisfactorio estado de las relaciones entre España y los gabinetes extranjeros suministró también a la oposición materia para hostilizar á los ministros, y usaron de ella con mas intencion que éxito, pues alcanzaba al gabinete Calatrava la responsabilidad de cómo era mirada la revolucion española por los gabinetes extranjeros. Excepto Dinamarca y Suecia que no habian retirado de Madrid sus legaciones, los tres grandes Estados del Norte, Austria, Prusia y Rusia, amigos declarados de don Carlos, y que no habian reconocido á la Reina en tiempo de Zea Bermudez y de Martinez de la Rosa, mal podian hacerle ahora, rigiendo en España instituciones democráticas.

De los gabinetes que no habian interrumpido sus relaciones, que eran Francia, Inglaterra, Portugal y los Estados Unidos; del último no podia alegarse queja alguna. Portugal cumplía lealmente las obligaciones que contrajo en virtud del contrato de la Cuádruple Alianza. Inglaterra no solo las llenaba, sino que hacia mas de lo estipulado, ayudándonos no solo con sus fuerzas navales, sino con su egida que amparaba al gobierno de la Reina contra la malquerencia de los tres gabinetes del Norte, que sin el freno de no chocar con el de Londres, habrían reconocido al Pretendiente. A actos ofensivos para la dignidad de la nacion á los que se habia propasado el Rey de Nápoles, respondió el gobierno enviando sus pasaportes al marqués de la Grua, ex-ministro plenipotenciario de aquella corte, pero que continuaba residiendo en Madrid sin carácter oficial.

Restaba la Francia, á cuyo monarca disgustó en sumo grado la proclamacion del código gaditano, y á cuyo arbitrio estaba, favorecer indirectamente á don Carlos sin faltar abiertamente al tratado. Mas de semejante actitud de parte del gabinete francés eran todavía mas caustantes que el gobierno emanado de la revolucion los autores de ella, los que, queriendo exagerar sus consecuencias, eran los mismos que acusaban al gobierno.

Mas si no fué difícil á este defenderse de los ataques contra él dirigidos, por no ser del todo satisfactorio el estado de nuestras relaciones exteriores, no sucedía lo mismo relativamente al de la situacion interior, comprometida y deleznable en todos conceptos. Bastaba el desarrollo que hemos visto tomar á la expedicion Gomez, para haber puesto de manifiesto la impotencia ó la poca suerte del gobierno para atajar los progresos del general de don Carlos. El desarme de los nacionales por las facciones, la inaccion á que, segun los pronósticos de Córdoba, tenia que verse reducido el ejército del Norte, ínterin no fuesen superiores los medios materiales de hostilizar al enemigo, y menores las divisiones y disturbios que aminoraban las fuerzas de los liberales, eran hechos tan desastrosos como palpables, y de los que la oposicion, así como los partidos adversos á lo existente, sacaban argumentos de los que se hacia eco al mismo tiempo que la tribuna parlamentaria la prensa hostil á la situacion.

Distinguiase en sus ataques contra el gabinete y principalmente contra Mendizabal el periódico *El Castellano*, de que era propietario y director don Aniceto de Alvaro, ex-oficial del ministerio de Hacienda, el mismo que pocos meses antes defendia con apasionamiento la persona, el sistema y los actos de Mendizabal.

Sirvió tambien de pretexto para agrias interpelaciones y censuras contra el gobierno, el que no hubiese este redoblado sus esfuerzos para haber sofocado las facciones del Maestrazgo, aprovechando al efecto la ausencia de Cabrera de aquellas provincias, cargo este del que podia sincerarse el gobierno con que no tenia hombres ni dinero para poner sobre las armas mayor número de batallones, y alegando que San Miguel se hallaba sobre Cantavieja de la que no tardó en apoderarse ínterin Cabrera militaba en Andalucía y Extremadura.

Mas son de suyo tan expuestas á ataques por todos lados las situaciones de partido, que de que lo fuese la del gabinete Calatrava, se previan las banderías de mas opuesto origen y significacion para suscitarle peligros y embarazos.

El 4.º regimiento de la Guardia real que componia parte de la guarnicion de Madrid en tiempo de Quesada, tropa que con tanta decision contribuyó á reprimir todas las intenciones revolucionarias fraguadas en la capital, hallábase acuartelado en ella y en sus filas supieron hallar partidarios y cómplices los adversarios del gobierno. El 29 de noviembre se sublevó aquel cuerpo al grito de *viva la libertad y muera el gobierno*, habiendo este tenido que apelar á la fuerza y á la cooperacion de la milicia de Madrid para reducir á los amotinados. Rendidos que fueron y aplicando la ordenanza á treinta de ellos, los que debían haber sufrido la pena de muerte por haberles tocado en suerte al ser diezmados, solo tres fueron ejecutados como ejemplo de que el severo código militar se hallaba siempre vigente, habiéndose humanamente economizado al público el espectáculo de un sobreabundante derramamiento de sangre.

Posteriormente á los sucesos que acabamos de reseñar y que con los expuestos en los capítulos I y II de este libro, encierran cuanto digno de mencion ocurrió despues del restablecimiento de la Constitucion de 1812, el acontecimiento que señaló é hizo memorable el final del año 1836 fué el segundo sitio de Bilbao, cuya interesante historia narraremos en su lugar oportuno.

El interés de las sesiones de las Córtes constituyentes de 1836, abiertas el 24 de octubre de dicho año, deberá buscarse en el que ofrecen las sesiones de los subsiguientes meses de 1837, cuando se disutió y se votaron, la nueva Constitucion, la ley electoral, y la de libertad de imprenta, sesiones en las que fueron debatidos los asuntos políticos sobrevenidos durante los ministerios que presidieron don José María Calatrava y don José Bardají.

Lo que dejamos consignado en los libros V y VI abraza todos los demás hechos comprendidos dentro de uno de los períodos mas accidentados de la guerra civil y en particular añade interesantes datos acerca de la larga y dramática expedicion del general carlista Gomez, que fué el suceso que juntamente con el segundo sitio de Bilbao embargó la pública atencion y absorbió la de las Córtes y el gobierno.

#### CAPITULO IV

##### Bilbao

Situacion del ejército del Norte bajo el mando de Espartero.—Planes del ejército carlista.—Segundo sitio de Bilbao.—Afirmase el asedio de la plaza.—Crece con el peligro el denuedo de los bilbaínos.—Sublime esfuerzo de la defensa.—Movimientos de Espartero en auxilio de la plaza.—Accion de Castrejana.—Retrosoco.—Luchana.—La victoria.

La falta de recursos que experimentaba el ejército del Norte, ya escaso de ellos cuando todavía lo mandaba Córdoba, llegó á ser extremada despues de consumados los trastornos políticos acaecidos en el mes de agosto. La penuria que sufría el ejército de la Reina, la expedicion de Gomez y las bajas que habia tenido el ejército de operaciones, privado de las divisiones 3.ª y 4.ª de vanguardia sacadas para operar en el interior, eran causas que suficientemente explican que Espartero, nombrado, como queda antes dicho, general en jefe interino por ausencia de Rodil, al ser investido por la caida de este de la propiedad de dicho mando, no pudiese obrar con la decision y empuje á la vez reclamados por el interés público y por su propia gloria.

Aquella forzosa inaccion á que el ejército del Norte se vió reducido durante los meses de setiembre, octubre y noviembre, no pudo menos de ser favorable á los carlistas, los que en adiccion á la expedicion de Gomez, lanzaron otra bajo el mando de Sanz, con la esperanza, que nuevamente debía verse frustrada, de sublevar á Asturias.

La expedicion atacó á Oviedo, pero fué rechazada y regresó sin haber logrado su primitivo objeto. Tuvo Sanz la suerte de no ser completamente batido y, antes al contrario, de haber logrado ventajas sobre la division destinada á perseguirle y á guardar la izquierda de la línea del ejército liberal, division que mandaba el general Peon, caido en desgracia y sujeto á una sumaria en aclaracion de las operaciones que habian estado á su cargo.

No era afortunado aquel honradísimo soldado, consecuente liberal y distinguido literato á quien la emigracion apellidó el *Coronel latino*. Fué don José Peon del número de los muy contados liberales que con Toreno, Florez Estrada, Cabrera de Navares y Mina, lograron escapar en 1814 á la persecucion reaccionaria de Fernando VII buscando asilo en Inglaterra. Volvió Peon á emigrar en 1823, y restituido al suelo patrio á la muerte de Fernando VII, su pundonor y civismo le condujeron á solicitar servicio activo, á una edad que, atendidos sus largos y buenos servicios, le hacia acreedor al descanso. La memoria de aquel leal servidor del público, era acreedora al recuerdo que le tributa quien fué testigo de su honorífica y delicada conducta en la emigracion.

El estado que tenia la guerra del Norte al hacerse cargo Espartero del mando del ejército suscitó la cuestion de actualidad relativa á si para aumentar las fuerzas de operaciones disponibles contra el enemigo, convendría abandonar ó por lo menos modificar el sistema de las líneas de bloqueo, planteado por Córdoba, grave asunto acerca del cual consultó el gobierno á Espartero. Pedida tambien á Oraá su opinion, no dudó este entendido veterano en darla favorable al sistema seguido bajo el generalato de Córdoba, opinion que apoyó en la demostracion de lo débil que quedaria el ejército privado de sus puntos de comunicacion, dejando al enemigo enteramente dueño de la línea del Pirineo, por la que recibia sus principales recursos extendiendo los límites de su señorío sobre el país vascongado.

Pero el acertado sistema de Córdoba que recomendaba Oraá exigía para dar el fruto de él debía esperarse, un complemento de fuerzas que no habia, y recursos de los que tambien se carecia en la proporcion debida á lo que requieren las guerras en la edad presente.

Sobradamente conocian don Carlos y su corte, todo el partido que para el triunfo de su causa podían sacar de la situacion de sus contrarios, debilitados por sus divisiones interiores, y las esperanzas que podían fundar en el acrecentado alejamiento que á las cortes protectoras del carlismo inspiraba el predominio en España del partido progresista. Mas para obtener de sus aliados mayor ayuda que la que hasta entonces habia recibido de ellos el Pretendiente, necesitaba poder dar cumplida la condicion anteriormente exigídale, de hacerse dueño de una plaza, en la que su gobierno tomase asiento permanente y á la que pudiesen enviar sus representantes los tres gabinetes de Viena, de Berlin y de San Petersburgo.

La eleccion de la localidad que debía realizar la suspirada adquisicion no podia ser dudosa; Bilbao fué nuevamente designado como objetivo del esfuerzo que se proponian llevar á cabo. Antes sin embargo de resolverse á poner nuevamente sitio á la capital de Vizcaya, reunió don Carlos una junta de generales á la que sometió el exámen de cuál debería ser el mas ventajoso sistema de operaciones que se emprendiese. No fueron unánimes los pareceres de los generales consultados. Dudaba Villareal que don Carlos poseyese los medios materiales que podían asegurar la toma de la plaza, sin que por ello desechase la idea de ponerle sitio, con la especial mira de traer en auxilio de aquella la mayoría del ejército de la Reina, en la esperanza de batirlo en posiciones que los carlistas serian dueños de elegir. De distinto parecer fué el general don Vicente Gonzalez Moreno, quien fundó su dictámen en una estudiada memoria en la que, combatiendo el sistema seguido de enviar expediciones en direccion de Galicia y de Asturias como lo habia sido la de Gomez, que todavía peregrinaba por el interior de la Peninsula, trató de demostrar la conveniencia de que aquella expedicion ó las que pudiesen sucederle se dirigiesen hácia el alto Aragon y lo largo de la línea del Pirineo, ligando las operaciones de las fuerzas carlistas del Norte con las que operaban en las provincias del Este; sistema al que Moreno daba por fundamento el punto de partida del ataque y toma de Bilbao, resultado que sostuvo podría obtenerse con los medios de que podia don Carlos disponer.

Resuelto en el Real de don Carlos poner definitivamente sitio á la capital de Vizcaya, trasladóse la corte á Durango á fin de hallarse mas cerca del teatro de la importante operacion de guerra, en cuyo éxito fiaba el Pretendiente el triunfo de su causa.

TOMO VI

Aunque, como queda antes dicho, el general en jefe Villareal no habia opinado favorablemente acerca de formalizar el sitio, una vez adoptado el parecer contrario, solo pensó en dar eficacia y fuerza á lo acordado.

Al frente de diez y ocho batallones y de un tren de artillería considerable para un tiempo en que no eran todavía conocidos los inventos de la moderna balística, se presentó el general carlista delante de Bilbao asociado á Valdespina, á Latorre, al general de ingenieros Silvestre y á los hermanos Montenegro, brillantes oficiales de artillería que para daño de la causa liberal se habian unido á la del régimen absoluto.

Puesto en movimiento el 20 de octubre el ejército sitiador, el 22 hallábase la plaza formalmente circunvalada y el 24 rompieron el fuego los sitiadores. Componian la guarnicion defensora, los regimientos provinciales de Trujillo, Laredo, Compostela y algunas compañías de Cuenca y de Alcázar de San Juan, los cazadores de Isabel II y los nacionales de la localidad.

No estaba Bilbao preparada para sostener, apoyada en fortificaciones y puntos exteriores, un sitio formal, pero suplió á ello su gobernador militar don Santos San Miguel secundado por los coroneles Ozores, Arechavala y Oliveras, por el comandante de nacionales Arana y por los oficiales de los cuerpos facultativos, á cuyo cuidado estuvo el habilitar de la mejor manera posible los fuertes de San Mamés, Burceña, el Desierto, Capuchinos, Bañideras y Luchana.

El 24 tenían los carlistas establecidas sus baterías de sitio, que emplearon en los dos siguientes dias en arrojar sobre la ciudad bombas, granadas y carcasas, que ocasionaron bastante daño al caserío y obligaron á los vecinos no combatientes y á sus familias á guarecerse en los sótanos y bodegas de las casas. El día 26 establecieron los sitiadores dos nuevas baterías á espaldas del convento de San Agustin, dotándolas con seis piezas de á treinta y seis y veinticuatro y dos abusos, cuyos fuegos, secundados por los de una tercera batería, que situaron sobre la altura de Casamata con direccion á la ria, dieron á conocer que habia el enemigo escogido aquella parte del recinto para ganar por ella su acceso á la plaza.

Todo el día duró el bombardeo y el cañoneo con redoblado ardor, causando daños de consideracion en los fuertes y en los edificios. Esperaron los sitiados reparar por la noche los deterioros que las fortificaciones habian sufrido, pero los carlistas, ansiosos de aprovecharse de los desperfectos que su artillería habia causado, tenían dispuesto el asalto á favor de la oscuridad y del desaliento del que suponían presa á los bilbaínos. Mal conocian empero la decision de los habitantes de la heróica ciudad y de las tropas que la guarnecían. El asalto se dió con tanto vigor por los carlistas que llegaron á alojarse sobre los mismos parapetos. Pero á recuperarlos arrojando de ellos á los agresores y sembrando de cadáveres los fosos acudieron las tropas y los nacionales, cuyo ardor excitado por la voz de sus jefes, bastó para que aquellos valerosos soldados de la libertad arrebatasen á sus contrarios la victoria de que se creían dueños. Con ella contaba don Carlos, como lo anunció en la órden del día que hizo circular, asegurando que de la toma de Bilbao dependia la realizacion del suspirado empréstito, esperanza por él antes acariciada, á costa de la vida del gran Zumalacárregui, pero que frustrada una vez mas, debía estrellarse, cuantas veces volviese á abrirla, contra el civismo de los bilbaínos y la constancia del ejército español y de los ilustres caudillos que en 1836 como en 1874 estaban predestinados á responder á la confianza puesta por la nacion en los soldados de la libertad.

El malogro del asalto vino á ser una manzana de discordia entre los carlistas. Los émulos de Villareal culpáronle de faltas en que no habia incurrido y pidieron que el conde de casa Eguía le reemplazase, á lo que aquel lejos de oponerse lo facilitó presentando su dimision que no quiso aceptar don Carlos. Fué conservado á Villareal el mando del ejército de operaciones, destinado á contraestimar las fuerzas con las que era de presumir acudiese Espartero en auxilio de Bilbao, la prosecucion de cuyo sitio se encomendó, como lo deseaban los murmuradores, á Eguía, resultando de este dualismo de mando la coexistencia de dos sistemas á la vez seguidos y

que no podían menos de perjudicarse el uno al otro. Villareal personificaba la idea de amagar el sitio, sin empeñarse en él, con el solo objeto de atraer á Espartero á terreno escogido á propósito para batirlo, al paso que el plan de Eguía recomendaba tomar á Bilbao á toda costa para en seguida ir al encuentro de Espartero.

Aunque el 27 no cesó el fuego de las baterías sitiadoras, ni tampoco cesó la reparación de daños por parte de los sitiados, causó en estos tanta novedad como alegría observar en la mañana del siguiente día que el enemigo retiraba su artillería. Presumiendo entusiasmados que el abandono del sitio fuese definitivo, los más animosos entre los bilbaínos solicitaron permiso del comandante general San Miguel para salir en persecución de los que creían escapados. Se lisonjearon de arrebatárselos algunos cañones y con esta esperanza salieron las compañías de preferencia del provincial de Trujillo y una columna de nacionales, los que avanzando denodadamente más allá de la plaza de Quintana, creyeron hacerse dueños de algunas piezas de artillería de las que imaginaban retiraba el enemigo; pero cargados por este con fuerzas superiores, tuvieron los liberales que retroceder con pérdida de muertos y heridos, contándose desgraciadamente entre los primeros el ayudante de nacionales don Eustaquio Allende Salazar, á cuya memoria como compañero de colegio y amigo de la infancia, siente el continuador de la presente historia el deber de tributar un honorífico y afectuoso recuerdo.

En los siguientes días 29 y 30 continuaron por parte de la plaza las precauciones que la prudencia y la prevision exigían, por sí el enemigo volvía á aproximarse; esperanza fundada en la errada creencia que llegaron á alimentar los bilbaínos de que los carlistas desistían de un sitio en el que estaban más resueltos que nunca á perseverar.

El 4 de noviembre y fechado en Durango expidió don Carlos el decreto que ponía al mando de Eguía doce batallones y el material necesario para formalizar el sitio de Bilbao, interin Villareal con el resto de las tropas disponibles protegía la operación confiada al primero y contenía á Espartero.

Púsose Eguía en movimiento, y después de conferenciar en Galdeano con sus compañeros los generales de artillería y de ingenieros, bajaba el 8 desde Marquina al frente de los batallones sitiadores y tomaba posición en Santo Domingo, desde donde dirigía piezas de batir contra el fuerte de Banderas por demás débil y que no podía resistir á los disparos de que fué objeto en la mañana siguiente, en la que se rindió con su guarnición, compuesta de setenta hombres, la artillería, abundantes municiones y buen repuesto de víveres.

La pérdida del fuerte de Banderas arrastraba la del convento de Capuchinos, convertido por los bilbaínos en punto auxiliar de defensa. La guarnición lo evacuó con ánimo de replegarse sobre el fuerte de San Mamés, pero se vió cortada y tuvo que rendirse, logrando escapar tan solo un corto número de sus individuos. La toma de Capuchinos puso nuevamente á los carlistas en posesión de armas, municiones y víveres.

No podía dejar de caber á San Mamés la misma suerte que á Banderas y á Capuchinos. Establecieron los carlistas contra aquel fuerte cuatro piezas en batería, cuyos fuegos cruzáronse con los que desde Banderas dirigían los nuevos poseedores de este último fuerte, circunstancias que hicieron tan desigual la lucha que viéndose los defensores de San Mamés en la alternativa de capitular ó de perecer, optaron por lo primero; pérdida la de dicho fuerte de San Mamés de extremada importancia para los bilbaínos, porque añadía las ocho piezas de artillería que contenía el fuerte, al tren de batir ya poseído por los carlistas, á los que procuró más abundante presa en armas, cartuchos y víveres que la que de los mismos artículos habían hecho en Capuchinos y Banderas. Hacía además la toma de San Mamés dueños á los enemigos de la navegación de la ría asegurándoles la libre comunicación con las dos orillas.

El fuerte de Burceña, mal defendido por su comandante y su guarnición, compuesta de ciento treinta y cuatro hombres, fué la subsiguiente conquista de Eguía, la que, como había acaecido con la de los fuertes anteriormente rendidos, trajo á los carlistas aumento de cañones, de pertrechos de guerra y de provisiones en abundancia.

Inmediatamente atacado el fuerte de Luchana, hubiera sufrido igual suerte á la experimentada por los demás puntos exteriores de la defensa, á no haberse hallado protegido por los fuegos de las trincaduras que cubrían los ríos Galindo y Azua. A su abrigo los defensores de Luchana se sostuvieron cuanto podía permitirlo su apurada situación, y cuando esta dejó de ser sostenible, inutilizaron la artillería y se salvaron con ayuda de las trincaduras sin pérdida de un solo hombre y llevándose al Desierto, donde se retiraron, todos los objetos de valor que contenía el fuerte.

Aquella localidad (la del Desierto) que forma península á orilla de la ría en dirección á Portugalete, había sido puesta á cubierto de los efectos de la agresión que tan de temer era, por los comandantes de la estación de la marina real británica establecida en la ría para la protección de Bilbao. Desembarcaron los ingleses su artillería y proveyeron tan eficazmente á la conservación de aquel punto, que Eguía no se atrevió á hostilizarlo y se dedicó á fortificar las importantes posiciones de que se había hecho dueño sobre ambas orillas del Nervion.

Naturalmente impaciente de utilizar la serie de importantes ventajas que había adquirido, empleó el jefe carlista los días trascurridos desde el 14 hasta el amanecer del 17 en estrechar la línea de aproximación al cuerpo de la plaza. Extendió sus paralelas enfrente de los puntos del recinto por los que se proponía abrir la brecha y las revistió de artillería de grueso calibre, obuses y morteros, que en la mañana de dicho día multiplicaron sus disparos contra el convento de San Agustín guarnecido por los bilbaínos y que el enemigo escogió como el paraje que más ventajosamente podía permitirle obrar contra el centro de la plaza.

Antes de medio día la brecha estuvo practicable y lanzáronse los carlistas á penetrar por ella, mas no pudieron conseguirlo, rechazados por las bayonetas de los destacamentos del provincial de Toro, de Trujillo y de Compostela, los que á costa de sensibles pérdidas conservaron el puesto confiado á su bravura.

La intemperie acrecentaba las penalidades del sitio para los carlistas como para los liberales, sin que por ello cesasen los primeros de multiplicar sus líneas de ataque por toda la circunferencia de la población, ni que vigilantes los sitiados dejasen de aprovechar las horas de la noche en las que cesaba el fuego de las baterías para reparar los deterioros de la línea fortificándola con nuevas obras de arte.

Lo apurada que ya iba siendo la situación de Bilbao, lejos de hacer decaer, remontaba y enardecía el noble entusiasmo de sus habitantes. En la mañana del 19 y con motivo de ser los días de la Reina, las músicas de los cuerpos de la guarnición subieron á la batería del Circo y acompañaron con armoniosos y marciales acentos la diana que mezclada á las aclamaciones á *Isabel II* y á *la Libertad* resonó en los dos campos, sirviendo de regocijo á los sitiados y de enojo á los sitiadores.

A represalia, hija del despecho sentido por los últimos, pudiera atribuirse la acrecentada actividad con que sus baterías respondieron á la insultante melodía, lanzando un diluvio de bombas y granadas sobre los provocadores festejantes. Mas estos á su vez, remontando su entusiasmo á la altura de la indomable bizarría que los animaba, hicieron flotar sobre la plataforma del Circo una bandera negra adornada con un letrero que decía: TRÁNSITO DE LA MUERTE, y momentos después, asociándose á este levantado reto, apareció en la batería de Cujas una lámpa de fondo negro en cuyos centros sobresalía una calavera sobre dos huesos cruzados y en abultadas letras blancas una inscripción que decía: BATERÍA DE LA MUERTE. ¡Ni Numancia en la antigüedad, ni Zaragoza y Gerona en nuestros días, excedieron en heroísmo á los nobles hijos de Bilbao, para quienes además de la prez de su patriótico comportamiento, cabe la gloria y el premio de haber visto triunfar la causa por la que han luchado!

Lo recio del temporal volvió á paralizar las obras de asedio en los días 20 y 21, pero el 22 renovóse con mayor energía el fuego de las baterías enemigas, cuyo objetivo era siempre el convento de San Agustín. Llegó la brecha á ser, ó para hablar

con mayor exactitud, á creerse por los sitiadores que ya era practicable y lanzáronse al asalto aunque sin éxito, tan vigorosa fué la resistencia opuesta á repetidos ataques por los provinciales de Trujillo y las compañías de nacionales que defendían á San Agustín.

Después de esta repulsa emplearon los carlistas los días 23, 24 y 25 en reparar los desperfectos causados en sus parapetos por las baterías de la plaza, habiendo en la mañana del siguiente día 26 intentado asaltar de nuevo la brecha abierta en los muros del edificio atacado, pero lo hicieron sin mayor éxito que el de los días anteriores, habiendo llegado lo denodado de la defensa hasta hacerse sentir á los enemigos, cuyas pérdidas en muertos y heridos fueron tan grandes que ocasionaron, no obstante la innegable bravura de sus soldados, que empezasen estos á mostrarse recelosos y remisos en los asaltos.

El siguiente día 27 lo fué de peligro y consternación, mas no de decaimiento para la gloriosa Bilbao. A las siete de la mañana díjose la misa en el campo carlista y poco después sus cinco baterías vomitaban sobre el ex-convento de San Agustín un torrente de fuego aunque no de larga duración, lo que hizo creer á los sitiados sería precursor de la retirada del enemigo, el que usó en aquella mañana de pocos proyectiles gruesos, sirviéndose principalmente de granadas y de metralla.

Al medio día había cesado el fuego y comía tranquilamente el rancho la guarnición del fuerte, cuando se vió sorprendida por la presencia del enemigo, quien subterráneamente se había introducido en el edificio por los lugares excusados, desde los que enfilaba á la portería y los claustros bajos abriéndose paso á la sacristía y á la iglesia y también por el coro á la casa contigua, llamada de Menchaca. Dueño el enemigo de la parte alta del edificio, sus disparos dominaban la plazuela que daba frente al convento y dejaban reducida á quedar como primera línea de los sitiados la casa-palacio de Quintana, que había sido el punto de apoyo de la segunda línea de defensa. Media compañía de bravos provinciales de Trujillo quedó prisionera de los invasores.

Poseionados estos del punto que con tanto empeño habían ambicionado, con el objeto de hacer de él la base de su avance al corazón de la ciudad, abiértolos estaba el camino para penetrar en ella, pero para franquearlo había que atravesar el *Tránsito de la muerte*, donde les esperaba la heroica resolución de los que habían jurado hacerse matar defendiendo el puesto de peligro y de honor fiado á su patriotismo.

Cundió por la población la fatal cuanto inesperada nueva de que el odiado enemigo pisaba ya su recinto; mas lo que fué motivo de consternación para los débiles que no deja de haberlos aun entre los esforzados, sirvió á estos últimos, que lo eran la gran mayoría de los bilbaínos, para correr á las armas acudiendo presurosos al sitio del peligro. A él marcharon las compañías 5.ª y 6.ª de nacionales en refuerzo de la 1.ª, y al verlos desfilan para el campo de muerte al que se dirigían, las mujeres, los ancianos, y hasta los niños, quienes al primer anuncio del desastre habían buscado asilo en los sótanos de las casas, salían de ellas y á gritos animaban á la pelea á sus padres, hermanos, esposos, deudos y amigos; espectáculo cuya memoria no podrá menos de hacer vibrar el corazón de las almas nobles. A la cabeza de los valientes que corrían al encuentro del enemigo iba el brigadier don Miguel de Araoz. Pero llegaba tarde el refuerzo para recuperar lo perdido.

Propóníanse los de Bilbao impedir que los carlistas se apoderasen de la planta baja de San Agustín, defendiendo al efecto el tramo de la escalera á la sacristía, pero el mortífero fuego que lanzado de los claustros recibían los nacionales, obligólos á desistir de su levantado empeño, no sin dejar antes cubierto el suelo de cadáveres y llevándose gran número de heridos.

Replegados al palacio de Quintana los que se veían compelidos á renunciar á la recuperación de San Agustín, se hicieron fuertes en el primero de dichos puntos y en el de Cujas, asiento de una batería; pero en aquellos mismos momentos sobrevino á los sitiados una nueva é inesperada desgracia. El comandante general don Santos San Miguel fué herido, é ins-

tantes después lo era el brigadier Araoz. El momento de conducir á estos jefes al hospital de sangre, lo fué de terror y confusión, oyéronse gritos que pedían *caballos de frisa* para oponerlos al avance de los enemigos, gritos á los que se mezclaban los no menos alarmantes de *La mortandad es horrible. ¡No hay quien conduzca los heridos al hospital!*

Poco dura, empero, el pánico entre los valientes. La junta de armamento y defensa, compuesta de varones émulos de los senadores romanos al apoderarse los galos de la Ciudad Eterna, no pensaron como aquellos venerables ancianos en dejarse matar inermes. Seguros de que si no desmayaban ellos no desmayarían sus convecinos, nombraron al brigadier don Miguel de Arechavala, encargado en aquel momento de la defensa del punto de Larrinaga, para que ocupase el puesto del comandante general y de su segundo, ambos heridos. Acudió presuroso el nuevo jefe provisional de la defensa, y dándose por auxiliar en calidad de su segundo en el mando al brigadier Ozores, no perdieron un solo instante en proveer á las urgentes necesidades de la peligrosa situación en que á las tres de la tarde del citado día se hallaba Bilbao.

Constituido Arechavala en la mortífera plaza de San Agustín, cuya posesión quería á toda costa ganar el enemigo, la inspiración de veterano y de animoso soldado bien pronto le sugirió la idea salvadora. «Amigos, exclamó dirigiéndose á sus subordinados y compañeros, la salvación de Bilbao depende de que incendiemos ahora mismo los tres edificios que ocupa el enemigo. ¿Quiénes son los que se animan á esta atrevida empresa?—Todos.» fué la respuesta que recibió Arechavala, quien al oírlo gritó: «Marchemos, pues, en busca de la muerte, pero salvemos á Bilbao.»

Hízose en el acto provision de jergones, de paja suelta, de alquitran y de cuantos combustibles pudieron juntarse, y cargando con ellos á hombros y despreciando el mortífero fuego asestado por las baterías carlistas, y las descargas de fusilería que á quema-ropa recibían los nacionales desde las ventanas del convento, aquellos heroicos incendiarios proseguían su carrera de muerte, y aplicando á los muros y puertas las materias inflamables de que eran portadores, lograron dejarlas presa de las llamas, sin que pudiesen extinguirlas los que tanto interés tenían en ello.

Para no ser todo lo extensos que nos impide serlo los límites editoriales á que tenemos que sujetar nuestra continuación de la presente Historia, nos abstenemos de citar los nombres de todos los dignísimos bilbaínos que dieron pruebas de un valor, cuya conmemoración es digna de llegar á la posteridad, pero no podemos resistirnos á señalar el rasgo heroico perpetrado por don Luciano de Celaya, teniente de la sexta compañía de nacionales, hecho que rivaliza con el que ha inmortalizado el nombre de Latour D'Auvergne, llamado el *primer granadero de Francia*. Herido y recostado se hallaba al pie de un árbol cuando llegaron los enemigos (que eran los austriacos) y le intimaron el silencio, del que necesitaban para sorprender un destacamento francés que se ocultaba en un cercano vallado. Pero entre la segura muerte que tenía delante y la salvación de los suyos, no vaciló Latour y con firme voz exclamó: *A moi, Auvergne, ce sont les ennemis*. A mí, compañeros, aquí están los enemigos.

Celaya llevaba un jergon debajo del brazo y en la mano una tea incendiaria, y cercano á la casa de Menchaca á la que se proponía aplicar su carguío, de repente abren la puerta los carlistas que ocupaban el interior. Velos delante de sí Celaya, y con imperturbable serenidad, sin retroceder ni inmutarse grita esforzado: *Granaderos, á ellos, que aquí están. ¡Viva Isabel III!* No había tales granaderos detrás de nuestro héroe, pero los carlistas lo creyeron y volvieron á cerrar la puerta sin hacer armas contra el solitario enemigo que tenían delante. Aprovechóse entonces Celaya de su generoso ardid y consumó su intento de incendiar el edificio.

Al caer de la tarde ardían con intensidad las casas que la defensa sacrificaba, como el mejor medio de interponer un espacio abierto entre los enemigos y los fuegos de los defensores de la población, los que con incansable diligencia y bajo la inteligente dirección de Arechavala emplearon la noche en reponer su nueva línea de defensa desde el palacio Quintana